

soneto, la novedad de entonación, la riqueza que vierte en ellos el poeta, depurada por su despojo de atavíos inútiles; no es la fórmula con sorpresa reservada para el último verso, ni el engaste de la rima rara lo que les da valor. El sonetista huyó de esas sirtes e hizo sus sonetos de dentro a fuera, como en una porfía ennoblecedora. Luego volvió a su libertad, a su desnudez. Esta palabra, o sus adjetivos, vienen constantemente a la pluma de Juan Ramón; y en una poesía que va trazando su trayectoria poética, desde las ingenuas rimas, hoy olvidadas, que se imprimieron con tinta morada en *Almas de violeta* y la pugna entre una sencillez esencial y unas complicaciones postizas que dió por fruto las también olvidadas *Ninfeas*, impresas en tinta verde, hasta su exaltación del único rasgo, su destaque de la palabra precisa, su fidelidad al pensamiento puro que caracterizan la producción de ahora, nos ha dado la más cabal autobiografía poética que concretó jamás poeta alguno. Está en *Eternidades*, y la encontramos en las tres antologías:

Vino, primero, pura,
vestida de inocencia;
y la amé como un niño.
Luego se fué vistiendo
de no sé qué ropajes,
y la fuí odiando, sin saberlo.
Llegó a ser una reina,
fastuosa de tesoros...
¡Qué iracundia de yel y sin sentido!
... Mas se fué desnudando.
Y yo le sonreía.
Se quedó con la túnica
de su inocencia antigua.
Creí de nuevo en ella.
Y se quitó la túnica,
y apareció desnuda toda...
¡Oh! pasión de mi vida, poesía
desnuda, mía para siempre!

He aquí, con la historia, la profesión de fe; he aquí también la razón de tantas correcciones, la justificación de todas las antologías con sus variantes en los versos, en las composiciones elegidas, en la colocación; se busca lo más genuino, lo más destacado, lo más perfecto:

¡Inteligencia, dame
el nombre exacto, y tuyo,
y suyo, y mío, de las cosas!

Juan Ramón quiere llegar al nombre de las cosas, al verdadero canto de Adán frente la naturaleza virgen, a la expresión, en palabras, de lo eterno.

Así es la rosa. El arte consiste en saber cuándo no hay que tocarla más. A veces, una confrontación nos desconcierta, no obstante. El retoque, lejos de añadir exactitud a una poesía, la esfuma, la cambia, en opinión nuestra. Pero quizá el poeta tiene razón y quien protesta en nosotros es la inercia del sentido poético, tan rutinario

como los sentidos corporales. Lo evidente y claro es el camino. Va en derecha a la sencillez; no importa que se deje al lector interpretar lo no expresado, sino sólo sugerido. La poesía no ha de ser, si es como aquí la vemos, más que despertadora de emociones intelectuales y cordiales. La rosa, para Juan Ramón Jiménez, no ha de tener más que sus cinco pétalos, pero en ellos ha de estar concentrado el aroma de todos los que desarrollaría el más atento cultivo.

Libertad y simetría

LAS cuestiones de forma, son, en poesía, tan esenciales, que, sin estudiarlas, no se puede llegar a conocer del todo a un poeta. Desde el principio ha tenido la poética dos vías: una más amplia, que no requiere agrupación de versos según normas fijas, y otra en que se repiten con mayor o menor exactitud ciertos esquemas desde el principio hasta el fin de una composición. En la poesía española el verso suelto, sin rima, la silva aconsonantada al arbitrio del versificador, y el romance, son la vía ancha. A su lado la estrofa marca un principio de sujeción que se hace inflexible en las composiciones llamadas de forma fija y particularmente en el soneto.

Como ejemplo de libertad puede servir la poesía de Jiménez que hemos transcrito; y ya antes indicamos que hoy su manera habitual tiene por base el endecasílabo.

Dos veces sólo se da en esa poesía el endecasílabo puro; mas adviértase que el verso predominante en ella es el que de ordinario, por tradición, se combina con el endecasílabo: el heptasílabo. Con el verso de once y el de siete, se combina el de nueve sílabas. Otras veces el verso menor y el más largo, el alexandrino (doble heptasílabo) varían indefinidamente la forma.

Coexistiendo con este flexible instrumento se ve en el nuevo libro—representativo en su totalidad de la manera que podemos llamar definitiva de Juan Ramón—una aplicación del principio de la simetría al ritmo para obtener, con mayor libertad, esquemas de estrofa nuevos, con los cuales logre lo que a menudo exige el canto. Junto a la amplitud del recitado aparece, pues, la estricta modulación del aria. Véase un ejemplo:

Al rededor de la copa
del árbol alto,
mis sueños están volando.
Son palomas, coronadas
de luces puras,
que, al volar, derraman música.
¡Cómo entran, cómo salen
del árbol solo!
¡Como me enredan en oro!

Distinta por el timbre, por el empleo

de la rima, de lo que está habitualmente admitido—desde Bécquer—en nuestra poesía, esta manera estrófica le da a Juan Ramón Jiménez su alada gracia, susceptible asimismo de indefinida variedad.

En cuanto a la rima, la consonante está casi desterrada. Los matices y esfumados que requiere esta poesía se logran mejor con la rima asonante. Y a veces ni con la asonante siquiera; todo es ritmo, ritmo equilibrado, de vuelo libre o sometido a una tenue ley simétrica.

Juan Ramón, poeta oscuro

LA libertad de esta poesía señala el punto de que parte, entre nuestros poetas, el más atrevido movimiento de liberación de los nuevos líricos. En sus revistas es acatado reverentemente el nombre de Juan Ramón, con preferencia al de los otros poetas de su tiempo.

Lo que les lleva más allá no es tanto la versificación, que en Jiménez vemos ya virtualmente por entero, como el sentido de la imagen y, sobre todo, la yuxtaposición de imágenes en una poesía. Se han desprendido, a propósito, del rigor para consigo mismos que les imponía a los poetas tradicionales, el respeto a los dogmas y a Juan Ramón Jiménez, y a otros de su tiempo y aun posteriores, la conciencia artística que condiciona la libertad a la exactitud.

No todos los poetas más jóvenes se han lanzado ciertamente, por sus caminos de libertad, en vista de que son los más fáciles. En primer lugar no es cierto que sean los más fáciles. Todos pueden enfilear palabras sin sentido y trazar renglones sin música que se ajuste a una tonada familiar a los oídos ociosos. Y aun la timidez que hoy substituye, en su acogida, a las burlas de antaño, puede engañar a la masa y hacerle respetar monstruos informes como si fuesen puras deidades, o confundir vaciados sin nervio con mármoles palpitantes.

La tacha de oscuridad que se pone a ciertos poetas quiere decir, casi siempre, falta de decisión para explorar el sentido de su poesía. Toda poesía nueva es oscura. Luis Barahona de Soto, por 1590, no entendía en Góngora vocablos como estos:

Esplendores, celajes, riguroso,
salvaje, llama, líquido, candores...

que hoy andan en labios de la gente del pueblo, sin asomo de afectación.

Se dirá que toda poesía ha de ser evidente. Lo tendrá que ser la poesía narrativa, lo fué siempre sin duda, la epopeya. La lírica, que expresa sentimientos íntimos, que responde a